

El espíritu universitario

- Gabriela Ruiz Agila • Humberto Muñoz Alva
• Violeta García Esparza • Rubén Castro Bojórquez
• Claudia Marcela Calderón Aguilera
• Antonio Valenzuela Alba • Tomás Di Bella
• Luis Alonso Citalán Mazariegos
• Víctor Alejandro Espinoza Valle
• Luz del Carmen Romero López
• Diana M. Casas Delgadillo

LA MEMORIA COMPARTIDA (PRIMER LUGAR)

Víctor Alejandro Espinoza Valle

El tiempo se va depositando capa a capa. Lo que cubre se distingue a lo sumo por alguna grieta. Y a través de una de esas rendijas del tiempo, que puede ensancharse con esfuerzo, me veo y lo veo a la vez.

Günter Grass

Llegué, como muchos otros, con las maletas cargadas de ilusiones. No importarían los sacrificios, nuestra generación tenía una misión: transformar el mundo. Con la edad adecuada para enfrentar cualquier reto, en agosto de 1976 me instalé en la ciudad de Mexicali. Compartíamos el candor de una generación que creía en el futuro, la firme convicción de que la educación era el vehículo primordial para combatir las injusticias y estábamos ávidos de devorar cuanto libro cayera en nuestras manos; así inicié mi vida universitaria. Estudié la licenciatura en Administración Pública y Ciencias Políticas en el periodo 1976-1980; años maravillosos y formativos. Aromas, atmósferas, camaradería, complicidades, amores y sufrimientos inolvidables. Es una remembranza fragmentaria desde mi generación, la que cumplió la mayoría de edad a su paso por la UABC; aspira a recoger el espíritu que nos animaba cuando cruzamos el umbral universitario. Por ello, no es una historia pormenorizada de los asuntos institucionales, tan sólo es el recuerdo de las aventuras y desventuras de uno de sus actores: el estudiantado. O si se prefiere,

la biografía universitaria que hoy nos pertenece. Es pues el testimonio de lo que ocurrió entre bastidores.

EL ARRIBO

En agosto de 1976 tuve la feliz ocurrencia de acompañar a un amigo a Mexicali. Desde Tecate nos dirigimos rumbo al temible calor veraniego mexicalense. Entre bromas afirmé que nunca podría vivir en esa ciudad. No era para menos, arribamos con el sol de mediodía. Sin embargo, por una de esas jugarretas del destino —como dicen los que creen en él— quince días después decidía irme a estudiar a la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas.

En realidad, como muchos en ese tiempo, mi meta era ir a estudiar al Distrito Federal. También mi generación fue tal vez la última que se planteó la posibilidad de salir del estado a realizar sus sueños estudiantiles. Después vinieron la crisis económica y la expansión de la universidad local, lo que se tradujo en un fuerte arraigo profesional. Así, en 1976 se producían los primeros avisos de lo que serían los desequilibrios económicos en nuestro país, lo que para la clase media fronteriza significó un vuelco en sus hábitos consumistas y educativos. Mi generación, que podría caracterizarse como la que siempre se ubicó en el umbral de los cambios, sobre todo en el plano cultural, todavía tuvo la posibilidad de salir del municipio a estudiar a la universidad.

Como a todos los jóvenes les sucede, la decisión de abrazar una carrera universitaria fue precedida de profundas crisis existenciales. Hacia el final de los estudios de preparatoria, la pregunta recurrente era “¿qué voy a estudiar?” Las buenas costumbres aconsejaban irse a lo seguro —al menos eso se pensaba—: me-

dicina, derecho, odontología, contabilidad. A pocos se les ocurría estudiar literatura, filosofía, sociología o ciencias políticas. Las típicas carreras no lucrativas. Yo fui de esa minoría.¹ Manual de orientación vocacional en mano, por un intervalo de tres meses dediqué las noches a leer las sesudas recomendaciones. Prefiguraba los escenarios y trataba de encontrarle sentido a prescripciones del tipo: “Se requiere capacidad de abstracción” o “es recomendable un espíritu altruista”. Aún hoy no sé con exactitud lo que me orilló a la carrera de administración pública y ciencia política. A lo mejor fue el promisorio futuro anunciado en el manual de referencia.

EI HÁBITAT

Una vez definidos los estudios a cursar, tenía que resolver el problema de la residencia en el desierto. Como el hombre es un animal gregario, cinco amigos partimos rumbo a Mexicali, encontrando a otros tecatenses que ya tenían un año por aquellos rumbos y a quienes su espíritu solidario los llevó a darnos posada. No conformes con tener a tan ilustres huéspedes, y puesto que otros cinco tijuaneños atravesaban condiciones económicas precarias, no tuvieron inconveniente en abrir las puertas de su casa para ampliar el número de moradores a la cantidad de quince. Afortunadamente la casa de la señorita Nina —quien siempre fue mi rentera— contaba con dos habitaciones, cocina-comedor y un amplio jardín, que en virtud de

¹ De esa vocación marginalista ya había dado cuenta en la secundaria a la hora de optar por el curso de taller. El estatus lo daban los talleres de carpintería o estructuras metálicas. Me decidí por hojalatería, en una suerte de complicidad familiar, pues al menos dos tíos me habían precedido.

tan extensa vegetación se convirtió pronto en nuestro modesto bosque, donde pasamos momentos de solaz.

No puede decirse que la armonía reinara en nuestro hogar, pero siempre nos empeñamos por respetar el espíritu democrático, tan caro para la época, para resolver cualquier conflicto o llevar a cabo alguna reforma habitacional. Sin embargo, tal vez hubiéramos salido mejor librados en el verano del 76, de haberse impuesto algún espíritu cuerdo, o de haber echado atrás la brillante propuesta de pintar casa y mobiliario de color negro, aderezado con intensos y llamativos números de color amarillo en la fachada principal.

Con nuevos aires independentistas y bajo el argumento de la necesidad de intensificar nuestra preparación profesional, junto con mi amigo Alfredo, decidimos trasladarnos del ex ejido Coahuila al clasemediero fraccionamiento Residencias. Ahí, entre familias de electricistas —se entiende: cuyas cabezas de familia trabajaban en la Comisión Federal de Electricidad— dimos un salto enorme al menos en lo referido a la distribución espacial: la casa contaba con tres dormitorios, lo cual significó pasar de un promedio de 7.5 a 2 compañeros por cuarto. Así, dos tecatenses y cuatro sonorenses nos dimos a la tarea de forjar nuestro futuro con base en el arduo estudio, apenas interrumpido por las consabidas reuniones sociales de casi todos los viernes.

DEL ASCETISMO ESTUDIANTIL

Continuadores de la añeja costumbre de vapulear al cuerpo con noches en vela y litros de café, el ingreso a la universidad nos convirtió pronto en apasionados militantes del ascetismo estudiantil. Partíamos de la certeza de que las noches eran para estudiar y

discutir acaloradamente cada uno de nuestros descubrimientos. Desde los tiempos preparatorianos nos habíamos comprometido a aprovechar cualquier resquicio para superar las deficiencias académicas e intelectuales propias del bachillerato.

La universidad exigía —pensábamos— poner todos nuestros sentidos y dedicación a la formación profesional, que la sociedad y el pueblo nos demandaban. Pronto, entre nuestros ritos cotidianos, las desveladas y la mala alimentación —esto último producto también de la conversión al vegetarianismo indebidamente administrado— ocuparon lugar preeminente.

Con el paso de los semestres, las noches de estudio y reflexión se vieron acompañadas con algunas bebidas de moderación, con lo cual en no pocas ocasiones la paz del hogar se vio amenazada por la vehemencia discursiva. Sin embargo, quienes más sufrían con nuestras “cavilaciones” nocturnas eran quizá los vecinos; alguno de los cuales llegó cierta noche a dirimir una acalorada discusión acerca —seguramente— del futuro de la humanidad. En la diestra blandía un arma de fuego y decíase molesto por la interrupción forzada de su sueño. Inmediatamente acatamos sus recomendaciones y concertamos nuestras diferencias: acordamos no volver a dirigirle la palabra.

LA ESCUELA

La Escuela de Ciencias Sociales y Políticas compartía espacio con la Escuela de Pedagogía. En realidad eso de compartir era mucho, pues los compañeros de Pedagogía siempre nos hicieron saber que nos prestaban su espacio. Eran las escuelas pioneras de la universidad y las que mayores carencias presupuestales evidenciaban.

La Escuela de Políticas, como coloquialmente la llamábamos, llegó a ocupar el ala izquierda del edificio; ahí, en aproximadamente diez aulas, 400 estudiantes compartíamos el sueño de contar con un edificio propio. Éste se materializó en el verano de 1980, en un día glorioso, cuando cargamos nuestros pupitres y esperanzas hacia —por fin— nuestro espacio.

Un edificio mejor equipado no es garantía para elevar el “nivel académico”; pero al menos lo hace más transitable. Con él se logró que circularan mejor las ideas. O al menos eso pensamos cuando emprendimos la cruzada para bautizar a nuestro primer auditorio. En la entrada los estudiantes fueron signando sus propuestas; el resultado fue un colorido mosaico de nombres que atravesaban el horizonte cultural: Carlos Marx, Mao, El Pato Donald, Espacio de Reflexión, Gabino, Che Guevara... Nunca supe cuál fue el resultado oficial de tal plebiscito.

LOS PROFESORES

Algunos de mis maestros todavía usaban el pelo largo. La mayoría había estudiado fuera del estado, lo cual les confería mayor prestigio entre los estudiantes; no así entre el resto de los profesores que pudiéramos llamar locales —sin ningún ánimo peyorativo— en quienes se llegó a advertir cierto rechazo hacia los “colonizadores” —como alguna vez se afirma haber escuchado en los pasillos—. La cierto es que como la escuela seguía siendo pequeña, los profesores de “fuera”, la mayoría de los cuales impartían clases en la carrera de sociología, también lo fueron de la licenciatura de administración pública y ciencias políticas. En honor a la verdad, los “fuereños” no eran tales, si consideramos

que provenían de aquellas generaciones que salieron a estudiar al Distrito Federal y que ahora retornaban a su tierra.

Por aquellos años la actitud provinciana —de profesores y alumnos— seguía haciendo mella. En lo académico, todo lo proveniente de la capital del país era recibido con una mezcla de odio y fascinación. Era más bien un sentimiento extraño que combinaba el rechazo y la aceptación. Estas actitudes se manifestaban, por un lado, en una suerte de chovinismo ramplón que tendía a exaltar las virtudes de provincia: se trataba de demostrar la autosuficiencia del terruño. Por otro lado, la mayoría de los estudiantes partíamos del juicio inequívoco de que en virtud de la concentración cultural y política característica de nuestra historia, lo mejor del pensamiento social provenía del DF, y no es que todo lo local fuera rechazado y lo “chilango” aceptado identificar. Aprendimos a discriminar a los profesores buenos de los malos, independientemente de su procedencia.

LOS ESTUDIANTES

Algunos de esos profesores nos acercaron a las novedades científicas y literarias. Sin embargo, la media estudiantil evidenciaba limitaciones dramáticas. Era muy común encontrar quien pensara que Louis Althusser había sido un roquero afamado o que Max Weber pintaba excelentemente. Ni mala fe, ni nada que se le parezca: del bachillerato nos habían enviado a la universidad sin perrechos culturales. En mi caso particular, las lecturas mexicalenses iniciales provinieron de Luis Spota y Eduardo del Río (Rius). Ni hablar, fueron los primeros libros que cayeron en mis manos. Ni Ezra Pound ni T. S. Elliot. ¡Puras glorias nacionales! Rius tiene

el inmenso mérito de habernos dictado las lecciones inaugurales. Y nos convirtió en vegetarianos y en rebeldes irredentos. Pronto descubrimos cuáles eran las lecturas definitorias.

Con la avidez propia de los estudiantes convencidos, devoramos todo el marxismo que en ese tiempo circulaba. Por aquellos años, en las universidades públicas mexicanas nadie se sonrojaba si lo descubrían leyendo a Marx. Los manuales soviéticos y franceses —entre los que destacaba el de la chilena Martha Harnecker— fueron fuente fundamental para las disquisiciones intelectuales. A mediados de los setenta, la teoría crítica de la sociedad gozaba de buena salud. Y no se crea que todo era ortodoxia dentro del pensamiento académico. El estructuralismo francés de Etienne Balibar, Louis Althusser y Nicos Poulantzas criticaba con fuerza los planteamientos más tradicionales: el antimétodo había llegado a México por conducto de Raúl Olmedo. Las horas no alcanzaban para ponernos al día de las novedades provenientes de la capital; y es que los estudiantes invertíamos nuestros magros ingresos en libros. No es casual que justo por aquellos años hicieran su aparición —en los pasillos de la escuela— los primeros tianguis de libreros, antecedente directo de prósperas librerías de hoy.

Las universidades mexicanas vivieron, sobre todo hacia finales de los años setenta, intensas campañas sindicales que tuvieron su máxima expresión en el proyecto de un sindicato nacional. De ese espíritu movilizador y solidario nos imbuimos los estudiantes. La nuestra fue una generación politizada que fructificó en variadas formas de organización y participación. Se discutían con apasionamiento los acontecimientos por los que atravesaba la universidad y, sobre todo, los que incumbían a la escuela. Las instancias oficiales —consejo técnico, consejo universitario— eran atendidas con celeridad y sobaban candidatos. Cierto, a

veces se suplía el conocimiento con la pasión: nunca faltaron los excesos —verbales y miméticos— pero provenían de todas las posiciones, de todos los credos. En ese tiempo los estudiantes no sólo se dividían en buenos y malos; de derecha o de izquierda. También había poetas, teatreros, roqueros, salseros, pintores, vegetarianos y románticos descarriados.

La nuestra fue una generación empeñada en superar las desventajas intelectuales de la vida provinciana. Por eso tal vez su apuesta por la formación teórica y humanista. Pusimos los ojos en la producción académica nacional y europea y sólo con excepciones en la local. El retorno de la mirada a la patria, a la búsqueda de nuestros orígenes, al intento de escudriñar el terruño y volverlo objeto de preocupaciones, vino después, hacia el final, en la década de los ochenta. En la Escuela de Ciencias Sociales y Políticas se gestaron, durante 1980, los primeros proyectos de investigación sobre temas sociales regionales con que contó la universidad. Pero esa es otra historia.

Tal vez los nuevos estudiantes no abrazan las causas y los sueños de ayer. Tal vez cuentan con otros recursos —ánimos y económicos— para encarar los retos que implica toda carrera profesional. Es probable que la vida académica y estudiantil sea otra. Es cierto también que los tiempos han cambiado y que en la universidad confluyen otras preocupaciones, retos y proyectos. Sin embargo, los hilos que nos unen a unos y otros estudiantes están presentes, parecen ser más las afinidades que las diferencias, derivadas de la convivencia temporal y afectiva con la UABC.

Al final de estas líneas me anima el sentimiento de haber hurtado retazos a la memoria. Muchos otros ejercicios memorísticos se requieren para testimoniar y reconstruir la ronda de las gene-

raciones universitarias, vía imprescindible para conocer nuestra identidad, pues como dijera Maurice Halbwachs, “para ser, los hombres tienen que recordar”.²

² Ramos, Ramón. (1989). Maurice Halbwachs y la memoria colectiva, en *Revista de Occidente*, núm. 100, septiembre, p. 65.